

Movido con este ejemplo otro indio, que tenia su mujer muy enferma de un accidente repentino, clamó al cielo pidiendo salud para ella, y viendo que no sanaba, dijo con gran determinacion: «Yo creo que el P. Alonso de Humanes es santo, y le rezo como á tal esta Ave María y Padre nuestro, porque sane á mi mujer.» No le salió vana su esperanza, porque luego sanó su mujer, y quedó buena y convalecida por los méritos del santo Padre.

Otro indio cantor y muy ladino tenia un hijo enfermo, y aunque le aplicaba las medicinas que podia, no mejoraba, ni él tenia mucha fe con las cosas admirables que se decian del P. Humanes. Con todo eso, compelido más de la necesidad que de la devocion, dijo: «Yo ofrezco este mi hijo al P. Humanes, y si me le sana, seré su devoto en adelante.» Parece que el santo Padre admitió el partido por el amor que tenia á los indios, porque el niño sanó milagrosamente, y su padre quedó muy devoto suyo, y fué pregonero de su santidad y de los milagros que Dios obraba por su medio.

Infestando grande plaga de langosta aquella isla de Bohol, se acercaba á los sembrados de un indio pobre, que tenia toda su hacienda en ellos; y viéndola venir, clamó al santo Padre muerto, como si estuviera vivo, diciendo: «P. Humanes, defendedme, que no tengo otro remedio para mí y para mis hijos sino este; P. Humanes, amparadme y libradme de esta plaga.»

Los otros indios se reian, haciendo burla de él y de sus plegarias; pero el buen indio acudia á todas partes por donde amenazaba la langosta, invocando al P. Humanes, y Dios premió su fe y su devocion, porque asolando todos los sembrados vecinos, sólo el suyo quedó libre, y tuvo copiosa cosecha, como dada de la mano de Dios por intercesion de su siervo.

Han sido tantas las maravillas que Dios ha obrado y obra en su sepulcro, que fuera largo contarlas, y no hay santuario en las islas más frecuentado que él, viniendo de todas partes á hacer novenas y ofrecer votos al sepulcro del santo Padre, y no obstante que los nuestros se lo contradicen, ellos porfian llevados de su devocion, y tiene continuamente velas ardiendo y votos que le ofrecen, como si ya estuviera canonizado.

Y aunque calle otros, no dejaré el que sucedió á un indio viejo y casado, que desde su niñez habia callado unos pecados en la confesion por empacho.

Enfermó gravemente, y vino como otros muchos al sepulcro del siervo de Dios, pero sin intencion de confesarse, como estaba obligado; ofreció su vela, pero no su corazon que dejó en mal estado, y es lo primero que pide Dios; y en rezando y ardiendo la vela, empeoró de la enfermedad y se halló más fatigado. Parece que le apretó Dios la mano para despertarle y hacerle caer en la cuenta, porque luego le remordió la conciencia y tuvo dolor de sus pecados, hizo una confesion general de toda su vida con grande arrepentimien-

to, y luego, en recibiendo la absolucion, quedó sano, dándole nuestro Señor, por los méritos de su siervo, la salud de cuerpo y alma, como lo publicó el resto de su vida con grande agradecimiento de la merced recibida.

De esta manera honró Dios en la tierra y en el cielo á este siervo fidelísimo suyo, en cuyo sepulcro hasta el dia de hoy se experimentan admirables efectos de su valimiento é intercesion para con Dios.

Él nos dé su divina gracia para imitar sus virtudes, y servirle con la perseverancia que le sirvió todos los dias de su vida, la cual escribió el P. Juan de Bueras, Provincial de las Filipinas y despues de la provincia de Méjico, adonde murió; y el P. Juan Eusebio Nieremberg en su historia manuscrita. El P. Francisco Colin hace de él honorífica mencion en varias partes de la *Historia de Filipinas* en el primer tomo que ha impreso de ella, dejando para el segundo referir copiosamente el discurso de su vida.

P. ANDRADE.

P. JUAN DEL CARPIO

NACIÓ este glorioso mártir en la villa de Riofrio, del obispado de Leon de España, de padres píos y honrados, así por su sangre como por haber tenido tal hijo, á quien Dios parece que escogió para mártir desde los pechos de su madre.

Siendo pequeño, y leyendo las vidas de los Apóstoles y santos que discurrieron por el mundo predicando la fe de Cristo, y firmaron las verdades evangélicas con su sangre, se encendió en tan vivos deseos de imitarlos, que hizo voto á Dios nuestro Señor de emplearse toda su vida en procurar la salvacion de las almas, y con este intento estudió gramática en un lugar cerca del suyo, y despues pasó á Oropesa á estudiar Artes en el colegio que tiene la Compañía en aquella villa.

A este tiempo vino allí el P. Alonso de Humanes, Procurador por la provincia de Filipinas, á llevar obreros para aquella viña del Señor, tan lata y tan poblada, como destituida de doctrina y necesitada de predicadores que la enseñasen. Porque habia más islas que sacerdotes, y más idólatras que cristianos, y muchos lugares de fieles bautizados, que no alcanzaban en algunos meses quien les dijese una Misa, y ménos quien los sacramentase, como

lo oí de su boca en este colegio de Madrid, donde esto escribo, y fué varon tan verídico y tan santo, que ha honrado Dios su sepulcro con manifiestos milagros, segun lo dijimos en su vida.

Pues como nuestro Juan del Carpio oyese tales razones de la boca de este Padre, como ardía el santo celo de la salvacion de las almas en su pecho, encendióse de manera en deseos de ejecutarle, que se resolvió á irse con el P. Humanes á las islas Filipinas, á convertir los idólatras y cultivar con todas sus fuerzas la viña de Cristo, aunque fuese á costa de su sangre.

Comunicóle sus intentos, pidiéndole que le llevase consigo, aunque fuese para su criado.

El Padre le animó en su santo intento, y por ir de camino y no haber lugar de admitirle en la religion; vista su buena capacidad, le llevó consigo á Sevilla, y de allí á Méjico con voz de pretendiente, como entónces se usaba; y en saltando en tierra, le recibió en la Compañía, obligado de su virtud y satisfecho de su buen natural y de la caridad que habia mostrado, sirviendo á todos como si fuera su esclavo.

Estuvo aquel año en el noviciado, formándose en la religion, adonde procedió con grande fervor y espíritu, como quien se criaba para santo.

Llegado el tiempo de la embarcacion, se hizo á la vela con los demás compañeros la vuelta de Filipinas, adonde llegaron despues de varios naufragios.

Allí estudió algo de moral, y se ordenó de Sacerdote, y partió luego á la isla que llaman de Pintados, porque sus habitantes, que son indios feroces y bárbaros, se labran desde pequeños con punzones y agujas á costa de su sangre, matizándola con polvos de color, con que quedan pintados.

En esta isla estuvo el siervo de Dios al pié de veinte años, enseñando la doctrina cristiana á aquellos bárbaros, convirtiéndolos á la fe de Cristo, rigiéndolos y domesticándolos, y trocándolos de fieras que habitaban los montes y las selvas, en hombres racionales, reduciéndolos á pueblos y á la policía cristiana á costa de inmensos trabajos.

Aunque hizo grande fruto con su predicacion y doctrina, no hizo ménos con su ejemplo y santa vida, que fué no ménos admirable que inculpable, porque, viviendo solo en medio de tantas ocasiones, y tratando con fieras indómitas de hombres carnales, á vista de tantos vicios, fué tal la edificacion de su vida, que ella sola los refrenaba.

En todo este tiempo no quebrantó la menor regla de la religion, guardando con tanta puntualidad la distribucion ordinaria, como si estuviera en el noviciado; las horas de oracion por la mañana, los exámenes á mediodia y á la noche, y apuntando todos los días el particular, como lo hacia S. Ignacio nuestro Padre, la leccion espiritual, el silencio y la obra de manos para

huir la ociosidad, las reglas de la modestia, las de los Sacerdotes y misioneros, rezando las horas á sus tiempos, siempre que tenia lugar, y diciendo la Misa con tal devocion, que la ponía á todos los que la oían: que este ejemplo es predicacion viva para infieles y fieles, para idólatras y cristianos, y esta observancia conserva el espíritu y la devocion en el alma.

Viviendo, pues, nuestro glorioso mártir una vida tan ejemplar, y habiendo convertido á la fe gran número de gentiles, catequizado y doctrinado innumerables; quiso Dios coronar su santa vida con la corona del martirio, la cual le labró por mano de un rey moro de Mindanao, que se llamaba Cachil Corralat, enemigo capital de los cristianos, el cual, estando enfermo, hizo voto á Mahoma de si le daba salud, procurar extinguir la fe de Cristo y sacrificarle los predicadores cristianos.

Aunque el voto fué tan execrable, Dios por sus ocultos juicios le dió salud, y el pérfido mahometano, en cumplimiento de su voto, envió una gruesa armada á la isla de Leite, adonde el Padre estaba, con orden que dió á sus capitanes, que á todos los Sacerdotes y predicadores cristianos que cogiesen, los sacrificasen á Mahoma, haciéndolos mil pedazos.

El primero que encontraron fué el santo P. Juan del Carpio, que salió con los suyos á hacer rostro al enemigo; y viéndolos venir para él, se hincó de rodillas, ofreciendo á Dios su vida, y en esta oracion le hicieron pedazos con sus alfanjes, perdonando á los demas: y, aunque pudieran tener gran rescate si le dejaran vivo, no le quisieron por sacrificarle á Mahoma, como se lo habia ordenado el tirano.

Su martirio fué en Ogmuz de Leite, isla de Pintados, á tres de diciembre de mil y seiscientos y treinta y cuatro, siendo de cincuenta y un años, y teniendo veintidos de religion, siendo en ella Coadjutor espiritual formado.

Escriben de su martirio las *Anuas* de Filipinas de 1634, el P. Juan Eusebio en la vida del P. Mastrillo, cap. 18, y los PP. Juan Nadaso y Felipe Alegambe en sus *Martirologios*.

P. ANDRADE.

P. VALERIO DE LEDESMA

NACIÓ el P. Valerio de Ledesma á 23 de marzo del año de 1556, siendo aún vivo nuestro S. P. Ignacio, en un lugar cerca de Medina del Campo, llamado Alaejos.

Su padre era doctor en medicina, persona de conocida virtud y buenas partes; la madre murió de sobreparto, y así solía decir con mucha gracia, que la primera cosa que habia hecho en este mundo, habia sido matar á su madre.

Crióle su padre en buenas costumbres hasta la edad de quince años, en que fué recibido en la Compañía en Medina del Campo, con nombre de ingenio muy aventajado, por el P. Gil Gonzalez Dávila, Visitador que entónces era de las provincias de España, del cual referia el P. Valerio que, con ser persona tan grave, se solía entretener y comunicar con él.

Hizo su noviciado en la casa profesa de Valladolid, teniendo por su instructor y maestro al santo P. Baltasar Alvarez, con cuya doctrina y ejemplo fueron los fervores de nuestro Valerio muy grandes, de suerte que se llevaba los ojos de todos.

Acabado su noviciado se dió á la Retórica y letras humanas, en que salió tan aventajado, que luego le pusieron á leerlas en diferentes partes, é hízolo en todas con tanta satisfaccion, que no trataron en diez y ocho años de sacarle de aquel ministerio, ni el Padre tampoco se acordó de otros estudios ni empleos mayores, hasta que los Superiores, viendo el caudal que para ellos tenia, le arrancaron de las humanidades y mandaron entrar en el curso de Artes, mostrando el siervo de Dios su humildad y resignacion en emprenderle, siendo ya Sacerdote y de más de treinta años de edad, no ménos de lo que la habia mostrado en no desear estudios mayores ni tratar de ellos todo el tiempo que le ocuparon en letras humanas.

Fué discípulo en Artes del P. Cartagena, el que escribió las *Homilias*, y en Teología del P. Dr. Francisco Suarez.

Al fin de ella, con ocasion de una carta de nuestro P. Claudio, de buena memoria, en que exhortaba á todos á la mision de las Indias Occidentales, se ofreció el P. Valerio para ella, y pareciéndoles á los Superiores apropósito, y tratando de enviarle á la provincia de Filipinas, lo consultó con su maestro el P. Francisco Suarez, de quien era muy amado, pidiéndole lo encomendase á Dios y le dijese si era su voluntad que fuese á las Indias, á lo cual le

respondió su venerable maestro con espíritu profético: «Vaya en hora buena á las Filipinas, que allí será Provincial y dos veces Rector de Manila.»

Salió nuestro Valerio de España en julio del año de 1595, y llegó á la ciudad de Manila en agosto de 1596.

El primer ministerio en que se empleó este siervo de Dios fué el de los indios, en el partido de Butitan, de la grande isla de Mindanao, donde estuvo cuatro años fundando aquella cristiandad con fervor y espíritu verdaderamente apostólico, y como tal, fué allí perseguido del demonio, ya por sí mismo, haciendo grandes ruidos de noche en la casa en que el Padre vivia, ya por medio de algunos hechiceros gentiles, procurando hacerle daño y apartarle de aquel ministerio; pero el Padre perseveró siempre con gran valor, hasta que los Superiores, reconociendo su mucha prudencia y el gran caudal que nuestro Señor le habia dado para el gobierno, le introdujeron en él; y en tan buen punto comenzó á gobernar, que no lo dejó de hacer en cuarenta años continuos, hasta que la edad no le dió ya más lugar para ello.

Comenzó su gobierno por el rectorado del colegio de Cebú, donde hizo la profesion de cuatro votos, habiéndole probado tambien nuestro Señor con dilatársela algunos años.

De Cebú fué á ser Rector del colegio de Manila, de donde subió á ser Provincial de aquella provincia el año de 1613, y fuélo ocho años continuos con harta pena suya, pero con mucho consuelo y fruto de los súbditos y aumento de la provincia.

Acabando el oficio de Provincial, se retiró á ser Rector y Maestro de novicios de la casa de Probacion, de donde últimamente volvió á ser Rector del colegio de Manila, hasta que, por sus muchos años y achaques, fué forzoso aliviarle de la carga de Superior, con que se dió todo á Dios, dando continuos ejemplos de edificacion, y ejercitando en grado superior todas las virtudes.

Fué religioso verdaderamente cabal y puntual en la observancia de las constituciones de la Compañía.

Comenzando por su mortificacion, le dió Dios un natural tan fogoso que, segun él contaba, en una junta de médicos muy graves que se hizo en Valladolid sobre cierto achaque suyo, resolvieron que era *igneae naturae in summo gradu*. De suerte, que decian no haber en los libros memoria, sino de otro sujeto de semejante natural. Con todo eso le tenia tan rendido, y era tan señor de sus acciones, que en nada se echaba de ver su cólera, si no es en la viveza de las acciones con que representaba las cosas.

Por consejo de los mismos médicos tomó por regimiento el ruibarbo y el acibar, el cual se le hizo tan familiar, que lo tomaba todos los dias sin prepa-

rativo ninguno, trayéndole en la boca como si fuera una cosa muy dulce, y esto continuadamente hasta los últimos días de su vida.

La humildad de este siervo de Dios fué muy profunda, como se echó de ver en la dilacion tan larga de los estudios mayores y en la de su profesion.

Cuando le dieron la patente de Provincial, derramó este humilde Padre muchas lágrimas de pena y confusion; é hincándose de rodillas, fué besando los pies á todos los religiosos, diciendo que cualquiera de ellos le podia gobernar á él.

Visitaba mucha parte de la provincia á pié, sin admitir caballos ni hama-cas, que es con lo que se anda en los pueblos de los indios de unas partes á otras.

En este tiempo vino de Roma patente de Visitador de aquella provincia á uno de los Padres desterrados del Japon; y luego como lo supo el P. Valerio, fué á su aposento, é hincado de rodillas le besó la mano y dijo, que allí le tenia como al menor súbdito de todos.

Su modestia y recato religioso fué raro, de suerte que sólo el verle com-ponia, y, hasta los últimos años de su vejez decrepita, no podia sufrir que le llegase nadie á tocar.

En la pureza de conciencia fué este siervo de Dios muy señalado, confe-sándose todos los dias, y, en los últimos años de su vida, dijo su confesor que cada dia se confesaba de los pecados de toda su vida, unas veces en par-ticular y otras remitiéndose á las confesiones generales que habia hecho.

Sobre estos fundamentos de mortificacion, humildad, modestia y pureza de conciencia, asentó bien el don grande que tuvo de oracion y trato con Dios.

Todas las noches, despues de haber reposado tres horas, se levantaba y ponía en oracion, perseverando en ella hasta poco ántes de levantarse la co-munidad, porque entonces se volvía á recostar un poco, para entrar con algun descanso en las ocupaciones del dia, de las cuales la primera era la Misa, que decia con mucha devocion y ternura, de suerte que en el altar parecia un apóstol; y él mismo confesó á una persona grave, que siempre que decia Misa y tenia delante de sí ó en su mano la Hostia consagrada, sentía á Cris-to nuestro Señor, y le reverenciaba como si le viera con los ojos corporales.

Una vez le sacaron en brazos del altar, pensando se habia desmayado, mas no fué sino avenida de consuelo superior, que Dios le comunicó aquel dia en la Misa.

Otra vez en levantándose, fué al aposento del Superior, y díjole que, por cumplir con la regla, iba á darle cuenta de un regalo y favor que aquella no-che habia recibido de Dios, y fué, que con cierta ocasion extrínseca que se

ofreció bien apretada, y que á cualquiera otro pusiera en mucha confusion, la cual no se explica por ser cosa secreta; el P. Valerio se volvió á Dios con mucho fervor, pidiéndole luz en aquel caso y gracia para acertar, y favoreció-le nuestro Señor de suerte que se quedó transportado y en éxtasis en la ora-cion. Allí le regaló nuestro Señor mucho, y manifestó serle muy agradables sus virtudes, y particularmente en aquel caso, que habia hecho lo que era conforme á su santa voluntad. No fué esta la primera vez que quedó trans-portado este contemplativo varon, que desde España lo tuvo y despues en la Nueva España y Filipinas.

Tambien dió cuenta á su Superior de que nuestro Señor le habia regala-do, prometiéndole su particular proteccion y amparo, añadiendo una pala-bra á un favor antiguo que le hizo en España.

Un Sábado Santo estando en los oficios, le dió nuestro Señor particular luz y sentimiento de su divina esencia y atributos sobre aquellas palabras que dijo á Moisés: *Ego sum, qui sum*, las cuales le quedaron muy impresas; y despues de algunos años se acrecentó esta luz y favor por medio de S. Francisco, de quien el P. Valerio era muy devoto; el cual decia que se las declaró con la contraposicion: *Ego sum, qui non sum; tu es, qui es*, con que las ponderaba el santo. Estando, pues, el siervo de Dios en esta contemplacion, regalándose con nuestro Señor, entendió que á las palabras: *Ego sum, qui sum*, le añadía desde entónces la palabra *tecum*: *Ego sum, qui sum tecum*.

Con prendas muy grandes y conocimiento particular de que nuestro Se-ñor le tomaba desde entónces debajo de su proteccion y amparo, quedó el Padre consoladísimo.

No le favorecia y regalaba ménos la Santísima Virgen. Comunicando su conciencia una vez con su Superior, le dijo que, de algunos años ántes, esta-ba certificado que la Virgen nuestra Señora le tenia á su cargo: y su confe-sor dijo, que por cinco ó seis veces le afirmó que se le habia aparecido la Virgen nuestra Señora, y le habia dicho: *Hijo, está seguro de tu salvacion*.

De aquí nacia el tierno afecto y devocion que los últimos años de su vida mostraba tener este santo varon á esta soberana Señora.

Su modo de oracion y de tratar con Dios y con su Madre era por jacula-torias, entreteniéndose mucho tiempo en una de ellas y en cada una de sus palabras, repitiéndolas muchas veces, hasta que se sentía encendido y abra-sado en el amor de Dios. Y decia que habia tomado este modo de orar de S. Francisco de Asís, y que le era muy devoto por esta causa: la jaculato-ria que más de ordinario usaba, era la del mismo santo: *Deus meus, et omnia*; con la cual se estaba todo el dia en la presencia y trato con Dios.

De la comunicacion y union con Dios nuestro Señor nacia lo primero, la

luz y prudencia que tenia en su gobierno, el celo con que cuidaba de la conservacion y aumento del espíritu religioso, lo mucho que sentia las faltas, las veras con que procuraba el remedio de ellas y el amor que tenia á sus súbditos, procurando que estuviesen proveidos de todo lo necesario, atendiendo por sí mismo aún á lo más menudo de la comida y vestido.

Lo segundo, el encendido amor y caridad con que amaba al mismo Dios, y el celo ardiente con que procuraba su mayor honra y gloria.

Siendo Provincial, acudió una Cuaresma á predicar todos los dias en los cuerpos de guardia á los soldados, exhortándoles á la confesion y penitencia.

Siempre que predicaba era con notable viveza y fervor, como hombre verdaderamente contemplativo, que sentia las cosas como son.

Deseó mucho padecer martirio por Jesucristo: y en una carta que, siendo Provincial, escribió al que lo era del Japon, le dice así:

«Más quisiera yo, mi Padre, ser portador que escritor. ¡Oh que envidia me vienel ¡Oh quién fuera súbdito de V. R. en esas partes, donde tan baratas valen las coronas! ¡Mas há de cincuenta años que he oido y leído grandes cosas del Japon, y debe de haber cuarenta y ocho que me ofrecí para esa mision; siempre tuve grande estima de ella; siempre me ha parecido bien Japon, pero nunca tan bien como ahora, que cuanto peor tanto está mejor! ¡Jesus! ¡qué de prisiones! ¡qué de cruces! ¡qué de fuegos, á cuyo calor nos estamos calentando acá, con grande envidia de los que andan entre esas hogueras! ¡Oh mi Padre! ¡Oh mi Padre! ¡quién fuera digno *Vestris coronis participem fieri, et pro nomine Iesu tam multa pati! sed non omnibus datum est*. No todos son para todo. El gigante como gigante y el pigmeo como pigmeo: *divisiones gratiarum sunt*. Acuértese V. R. de este su siervo.»

Bien mostró nuestro P. Valerio este su afecto al Japon en la generosidad de ánimo con que agasajó á los Padres y á gran número de Hermanos desterrados de aquella provincia, teniéndolos por mucho tiempo con gran regalo, vistiéndolos y sustentándolos á todos á costa de la provincia de Filipinas, sin querer que la del Japon gastase un real. Y con la mucha mano que á la sazón tenia con D. Juan de Silva, gobernador de aquellas islas, de quien fué muy estimado, negoció que se hiciese solemne recibimiento á D. Justo Ucandono y á los demas caballeros y señores desterrados por la fe.»

Muchas cosas se cuentan maravillosas de este santo varon. Una es la que refirió uno de los alcaldes ordinarios de la ciudad de Manila el dia de su entierro, y fué, que un año que tardaban mucho las naos, haciendo la ciudad rogativa en nuestra casa, y predicando en ella el P. Valerio, dijo con grande aseveracion y certeza: «Consolaos, que naos teneis ya,» y así lo recibió el auditorio y tuvo por cierto. Y fué así, llegando presto la nueva y averiguán-

dose que embocaron las naos el mismo dia que el siervo de Dios consoló al auditorio con las palabras dichas. En aquella ocasion le preguntó un Padre si habia tenido revelacion de esto, y el humilde Padre calló, con que los presentes se certificaron más de que habia sido revelacion ó luz profética la que le habia hecho hablar.

Viniendo en otra ocasion de visitar las islas de Pintados, y desembarcando en Balayan le agasajó D. Felipe Manganlibo, indio principal de aquel partido, y, en pago del hospedaje y agasajo, le pidió le echase la bendicion á una estancia de ganado que comenzaba á fundar. El siervo de Dios se puso de rodillas y estuvo gran rato en oracion, y luego echó la bendicion al ganado y estancia, y parece que Dios la confirmó; pues pasando, catorce años despues, un Padre de la Compañía por aquel partido, le contaron que no habia muerto hasta entónces de enfermedad ganado ninguno en aquella estancia, y que no solamente vivian todas las vacas con que se habia fundado, sino que parian y criaban sus crias todos los años, á cabo de diez y ocho que se habia fundado la estancia, como si no fueran viejas, lo cual tenian los dueños por cosa maravillosa y efecto singular de la bendicion que les echó el santo P. Valerio.

Una persona grave de los nuestros refirió que le preguntó al P. Valerio, qué seria la causa, que, estando de noche en su aposento, solia algunas veces resplandecer luz en él, y el Padre no le respondió, persuadido de que seria cosa sobrenatural.

Tiénesese por sin duda que le pasaron algunas de este género al santo varon, las cuales él encubria con su mucha humildad, y solia decir con gracia que no era amigo de milagros y revelaciones, que muchas veces paran en resbalaciones.

Finalmente, cargado de años y merecimientos y lleno de grandes virtudes, llevó el Señor este su siervo á premiárselas en la gloria, descansando en paz á 6 de mayo de 1639, á los ochenta y tres años cumplidos de su edad y sesenta y siete de Compañía, habiendo corrido en ella su carrera tan gloriosamente, que sin duda merece ser contado entre los varones insignes que participaron de su primitivo espíritu.

Escribió la vida del P. Valerio de Ledesma el P. Francisco Colin.

P. NIEREMBERG.